

---

**Vania Markarian: *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat.* Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012, 168 págs.**

---

NAYLA PIS DIEZ  
(FTS-IDIHCS-CONICET)

En el transcurso de la década de 1960 la rebelión juvenil emergió como dato mundial, traspasando fronteras nacionales y continentales. Acontecimientos como la revuelta por la “libertad de expresión” en Berkeley, el “mayo francés” o la “masacre de Tlatelolco” en México, se han convertido en hitos mundiales del activismo estudiantil de los años sesenta. En este campo, se inscribe *El 68 uruguayo*, el reciente trabajo de la historiadora uruguaya Vania Markarian. A través del análisis de las movilizaciones estudiantiles del año 1968, la obra persigue el objetivo de reconstruir los vínculos entre militancia político-revolucionaria y cultura juvenil en la izquierda política de Uruguay. Este propósito general, le permite a la autora presentar un análisis de la emergencia de la “nueva izquierda” uruguaya sin concentrarse en los grupos que llevaron adelante la lucha armada.

Para Markarian, esta línea de investigación ha ido en desmedro de la consideración de los aspectos culturales implicados en los nuevos grupos revolucionarios. En consonancia, entre los principales aportes de *El 68 uruguayo* debe destacarse el intento de vislumbrar la relación entre la militancia política revolucionaria y el surgimiento de una nueva identidad juvenil mundial. A lo largo de la obra, Markarian indaga en el vínculo dado entre la renovación de la izquierda política, los nuevos modos de “ser joven” y la contracultura juvenil para presentarlo como un rasgo olvidado de la emergencia de la “nueva izquierda” en Uruguay. Esta indagación se sustenta en fuentes, como son los diarios nacionales y partidarios, documentación institucional universitaria, archivos de inteligencia policial hasta hace poco tiempos desconocidos, publicaciones contraculturales y, en menor medida, entrevistas y testimonios éditos.

El abordaje del vínculo arriba señalado se realiza, primero, a partir de una reconstrucción de las movilizaciones y debates que tuvieron al movimiento estudiantil como protagonista. Por esto, en un primer capítulo denominado *Las movilizaciones* encontramos una narración cronológica de los seis meses de protesta que los estudiantes llevaron adelante en 1968. Las movilizaciones de estudiantes secundarios, gremios docentes, estudiantes universitarios y sindicatos obreros

---

dieron lugar, entre mayo y octubre de 1968, a una verdadera “batalla campal” en las calles de Montevideo. Tal como muestra la autora, uno de los factores centrales del alto nivel de violencia radica en la estrategia represiva implementada por el gobierno: cada una de aquellas movilizaciones fue contestada con represión, detenciones y gases lacrimógenos. Los enfrentamientos entre estudiantes y policías no solo tuvieron como saldo cientos de detenidos u ocupaciones edilicias sino también tres estudiantes asesinados en menos de una semana.

En este marco, y contra la imagen del Uruguay cual “Suiza de América”, Markarian da cuenta de la crisis económica y el clima de polarización social y política que explican la explosión de “descontento acumulado” del año 1968. Como decíamos, sobresale en este clima, la estrategia represiva del gobierno de Jorge Pacheco (1967-1972) cristalizada en las Medidas Prontas de Seguridad, una forma de estado de sitio que alertó sobre el “giro autoritario” del gobierno. En este marco, se reconstruyen los debates y las pugnas en torno al “cuándo” y “dónde” movilizarse que tuvieron lugar entre los estudiantes universitarios y las autoridades de la Universidad de la República. Si bien estas apoyaban y participaban de las protestas estudiantiles, Markarian muestra cómo la amplitud de las zonas o el horario de protesta significaron divergencias de corte generacional sobre la pertinencia de violentar límites legales.

El segundo capítulo, *Las discusiones*, mapea los principales disensos que, en el marco de los acontecimientos arriba señalados, atravesaron a las organizaciones estudiantiles. Si bien la autora se encarga de aclararnos, no solo que las estructuras organizativas existentes fueron protagonistas de las movilizaciones de 1968, sino además que su legitimidad y presencia pública se mantuvieron fuertes, también encuentra que aquella “escalada” de protestas tuvo repercusiones internas. Tanto en seno de la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay (CESU) como en la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUU) tuvieron lugar pugnas en torno a tres cuestiones: las estructuras organizativas y las formas de participación; las estrategias y tácticas de lucha; las vías para el cambio revolucionario y el papel del estudiantado en dicho proceso.

En el centro de buena parte de estos debates se encontraba una militancia comunista acusada de “blanda” y “entreguista” que, aunque vio sopesado su peso en los organismos gremiales como CESU y FEUU, creció fuertemente. De esta manera, y como consecuencia de la “*explosión participativa*” de 1968, Markarian evidencia dos procesos simultáneos: por un lado, la emergencia de nuevas organizaciones estudiantiles radicalizadas o ligadas a la “nueva izquierda” uruguaya (al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, por ejemplo); por otro, la multiplicación de militancia dentro de la Unión de Juventudes Comunistas, que tuvo

nada menos que seis mil nuevos afiliados en 1969. La reconstrucción de ambas experiencias de radicalización cuestiona los rótulos (“nueva”/“vieja”) que oscurecen las zonas de confluencia y encuentro que marcaron la experiencia de los jóvenes que iniciaron su militancia en 1968 y que comenzaron a definirlos como “una generación con identidad propia en la historia política uruguaya”. (p.98).

Dicho esto encontramos que en el transcurso del tercer capítulo (titulado *Las expresiones culturales*) Markarian realiza un análisis de las “místicas de la izquierda” (p.99), es decir, los íconos culturales y políticos, las lecturas masivas y las expresiones culturales que, a su decir, permiten comprender aquellos símbolos que operaban como puntos de contacto entre las militancias de la juventud de la época. Experiencias como el Ballet Guerrillero, la publicación *Huevos del Plata* y la trayectoria del joven poeta Íbero Gutiérrez intentar dar cuenta de contactos sistemáticos entre los ambientes de creación cultural y los de la militancia política. Acompañadas de la música de Daniel Viglietti y el ícono del Che Guevara, Markarian coloca aquellas escasas experiencias como “modos típicamente juveniles de ser de izquierda” (p.122) concluyendo que existió una (hoy poco explorada) confluencia entre la militancia de izquierda y los ámbitos culturales juveniles, ligados estos últimos a las novedades mundiales que integraban contracultura, experimentación y rebeldía en una nueva forma de “ser joven”. Por último, la autora nos muestra que, a diferencia de la “revolución cultural” protagonizada por jóvenes europeos y estadounidenses, los jóvenes uruguayos rechazaban la idea de que la experimentación en el plano de la vida privada pudiera conducir a la liberación. Por esto, ni las drogas ni el sexo parecen haber sido un terreno de rebelión o experimentación para ellos.

En las conclusiones, Vania Markarian retoma los debates y argumentos esbozados a lo largo del trabajo para afirmarse en una perspectiva inclusiva, es decir, que integre la política revolucionaria y las prácticas culturales en el análisis de los procesos de radicalización política que siguieron a las movilizaciones del “68 uruguayo”. Ahora bien, el análisis pormenorizado de la “escalada” de protestas y enfrentamientos que marcaron el año 1968 contrasta con la evidencia empírica más bien escasa (dada por una trayectoria individual y una publicación cultural) que pretende sustentar aquella relación entre militancia política y prácticas contraculturales. No obstante esto, el trabajo abre un campo de interrogantes en torno a los vínculos entre militancia de izquierda, identidad juvenil y ámbitos culturales a partir de los cuales vale la pena observar los procesos de radicalización política de los años sesenta y setenta. Desde aquí, *El 68 uruguayo* aparece como una obra de inspiración y consulta obligada para quienes busquen aportar a la reconstrucción del pasado reciente de nuestro continente.